

Por suerte, creo

ÁNGEL RODRÍGUEZ VILAGRAN

Creo en la aurora cuando el sol amanece y nos comunica que un nuevo día ha empezado, en el dulce canto del gorrión que nos da los buenos días, en el agua que nos lava junto a sus colaboradores “pastilla de jabón”, “champú” y “dentífrico”. Creo en la lavanda que me perfuma y en mi Sánex que sin él en situaciones embarazosas podría caer. Creo en mi locutor de radio favorito que uso como si fuera mi confidente para enterarme de cómo se levanta el día, y también en el periódico que hojeo rápidamente mientras crujo mis galletas María con café. Creo en el ascensor, que me agiliza mi primer contacto con la calle. Creo en el barrendero que ha limpiado la acera, en los árboles que me custodian hasta la parada, en el conductor del autobús de la línea 24 que me lleva cada día a trabajar y me lanza un “buenos días”, aunque su equipo de fútbol quede eliminado de la Champions.

Me gusta, desde el fondo del autobús, observar como empieza un nuevo día: la adolescente con su carpeta de la universidad y sus cascos del mp3 a todo volumen, el adolescente que se la mira de reojo (“¿Le digo algo?”), la secretaria de dirección pendiente del reloj por no llegar tarde a la reunión de las 9, el abuelo con cara de preocupación por el resultado de unos análisis que recogerá en breve en el policlínico, una pareja de inmigrantes africanos que hablan en voz alta en no se qué idioma y ríen, un joven de ESO repasando un libro de texto, presagio de un examen. Hay también una pareja joven de unos 25 años discutiendo y una mujer que los observa a lo mejor recordando tiempos pretéritos con su hoy querido esposo.

Creo en Marcelino, el portero del edificio Augusta de plaza Lesseps, murciano de origen, cuando cada día me abre la puerta y me desea un feliz inicio laboral y me pregunta por mi familia. Creo en la oficina, en los compañeros de trabajo y en las herramientas que lo hacen posible: mi ordenador, mi bolígrafo, los libros, el teléfono, e incluso una secreta Moleskine que guardo en el tercer cajón de la mesa en la que anoto frases que oigo y leo a lo largo de la jornada. “La fe es el pájaro que canta cuando la noche es oscura”, de las últimas apuntadas y atribuida a Tagore.

Creo en Mercedes que me acoge en su pequeño bar y me ofrece un menú de 10 euros; y en su esposo Ricardo que me invita a un café cargado para pasar mejor el resto de la jornada.

Creo en aquellos que me creen, que visitan el bufete pensando que puedo ser yo quien les solucione sus problemas, sus zancadillas, porque ellos me hacen cada día más responsable y más competitivo.

Creo en Luisa, la joven cajera del supermercado que me hace buena cara, a pesar de llevar ya siete horas trabajando y de pie.

Creo en mis peques cuando llego a casa y los veo haciendo los deberes, disfrutando de un episodio de Clan o acabando de cenar. Creo en mi mujer y en la familia, en la casa que nos cobija y en el vecino Alberto que no pega ojo



Ángel Rodríguez Vilagran (Salt, 1966) es doctor en periodismo y ciencias de la comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona, y licenciado en Ciencias Religiosas por el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Girona. Desde 1991 es responsable del Departamento de Audiovisuales del obispado de Girona. En 2010 ganó el Premio Recull de Periodismo con un artículo sobre la historia de la radio en Blanes.

intentando saber a qué hora entramos y a qué hora salimos.

Creo en mis amigos y amigas de Facebook que leo en mi muro después de la cena. Aunque sinceramente, hay algunos que no sé quiénes son y tampoco les he preguntado por qué querían “agregarme”.

Creo en algunos programas nocturnos de televisión (en aquellos donde hay gente que no grita) y en mi programa favorito deportivo de radio; ah... y en los libros de papel, que enriquecen mi vocabulario.

Creo, como hacía mi mamá cuando era pequeño, en los ángeles, que utilizan mis labios para besar a mis hijos cada noche antes de acostarme.

Por suerte, y por encima de todo, uno puede creer en Ti, porqué mañana harás salir de nuevo el sol para que se ilusione Miguel, el vagabundo que hoy –y desde hace seis meses– ha dormido en un cajero de Vía Layetana; Raquel, aquella universitaria que quiere ser médico y hoy pasará unas difíciles oposiciones de un prestigioso hospital; Marcos, el joven abogado de nuestro bufete, que próximamente tiene que defender a un pobre hombre que la droga lo ha convertido en ladrón de bancos; Cristina, que ha quedado viuda hace tres días con tres hijos; Carmen, que sufre acoso laboral o a Paco, que como a otros muchos, la crisis lo ha convertido en parado. ¡No los defraudes! □

Creo en Marcelino, el portero del edificio Augusta de plaza Lesseps, cuando me abre la puerta